

El discreto encanto del anacronismo

Gustavo Guerrero

Por poco observador que uno sea, vivir en una sociedad decadente lo va volviendo cada día más sensible al repetido espectáculo del anacronismo. En el París actual, por ejemplo, basta echar a andar por las calles con los ojos bien abiertos y el oído atento, y siempre se acaban detectando los signos de la ciega persistencia del ayer en el hoy. No otra cosa denotan continuamente un sinfín de conversaciones, hábitos, mensajes, actitudes e ideas; no otra cosa connotan las diversas figuras y formas que puede tomar la imagen de un país manifiestamente desfasado en el tiempo. Recuerdo que, hace apenas un par de semanas, un ceñudo funcionario galo me hablaba en el Salón del Libro de «la universalidad de la cultura francesa» mientras en un pasillo adyacente, varias pantallas proyectaban escenas de los combates entre la policía y los jóvenes de origen magrebí y subsahariano que quemaron más de cinco mil autos en los suburbios parisinos el pasado otoño. Sin ir tan lejos, basta hojear el suplemento literario de *Le Monde* un par de veces al mes, para constatar que Philippe Sollers sigue siendo un escritor de vanguardia, o que el psicoanálisis lacaniano es todavía una respetable y promisoría ciencia. Supongo que aquellos que vivieron en la Alejandría de Kavafis o en la Viena de Klimt deben de haber pasado por cosas semejantes y de seguro sentían más o menos lo mismo que los que hoy vivimos en París. Me refiero a un sutil clima de nostalgia que no dice su nombre, en parte, porque lo ignora y, en parte, porque prefiere ignorarlo. Quizás a eso se refería el grafito que un artista indonesio pintó hace varios años en una de las paredes de la Ciudad Universitaria: «París ya no existe: ha entrado en la eternidad». En el fondo, tenía razón, pues, desde hace un par de décadas, pareciera que el tren de la historia dejó atrás a la capital francesa y a lo mucho que representó, durante tres siglos, dentro y fuera de Occidente.

Pero no hay mal que por bien no venga, reza el dicho. Como si fuera un involuntario homenaje que la postmodernidad le rinde a la modernidad, en el París actual el anacronismo pone al desnudo el pasado ante

el presente, pero, al mismo tiempo, levanta un mirador desde el cual se ven con más precisión algunos aspectos de nuestro mundo contemporáneo. En este sentido, creo que pocas experiencias resultan más alicionadoras para entender la tradición extraterritorial de nuestra literatura que acercarse una tarde de éstas a esos cafés de Saint-Germain o del Barrio Latino donde aún hace tertulia un pequeño grupo de nuestros compatriotas, diez o doce hispanoamericanos ya muy parisinos y que parecen sacados de una novelita de Bryce Echenique. Algunos vienen de Colombia, otros del Perú, de Argentina o Centroamérica. Muchos llegaron a Francia hace más de veinte años y ya rayan en los cincuenta, pero siguen considerándose «jóvenes escritores» y «esperanzadoras promesas». Casi todos han publicado uno o dos libros a cuenta de autor en las distintas editoriales creadas por ellos mismos, o han tratado de darse a conocer en las revistas que el grupo ha ido fundando y cerrando, al ritmo que han dictado las finanzas (o la paciencia de algún banquero). No hace falta decir que ninguno ha perdido la fe en sí mismo y que todos están convencidos de ser geniales. Si no han tenido éxito, es simplemente porque nadie los ha descubierto todavía, un error que tarde o temprano alguien en París se ocupará de enmendar. «Mira, si no, lo que les pasó a Cortázar y a Vargas Llosa: años y años escribiendo en sus buhardillas, dándole y dándole a la maquineta, hasta que un día... ¡boom!»

No se cuántas veces les he oído repetir este mismo cuento u otros muy parecidos. Pero es inútil tratar de explicarles que ya nada de eso ocurrirá, pues sus sueños han ido adquiriendo un perfecto blindaje qui-jotesco, a prueba de argumentos e incluso de evidencias. Tanto es así que, al final, exhausto, uno acaba dejándose arrastrar por su entusiasmo y les dice que es verdad, que tienen razón, que todos y cada uno de ellos no sólo son los herederos del *Boom* sino de las tres o cuatro generaciones de escritores hispanoamericanos que, de Darío a Sarduy, se han sucedido en París. Y me temo que lo peor es que no hay nada de que reírse. Bien visto, es cierto: ellos son los herederos de esa tradición aunque hayan llegado demasiado tarde y ya no representen un eslabón más en la gloriosa cadena sino una suerte de fin de linaje. No en vano, aludiendo al último de los Austrias, un amigo andaluz los bautizó con buen tino como «la peña de los hechizados». Cualquiera que pase por París, si se informa con anticipación, puede asistir a alguna de sus curiosas reuniones. Resulta fácil ver en ellos hoy una anacrónica caricatura de lo que hemos sido, un vestigio o una imagen congelada de

nuestro pasado: el mito de la Ciudad Luz como la Meca de nuestra literatura. Pero lo realmente complejo e interesante es atreverse a comprobar que, de unos años acá, la peña pareciera tener ramificaciones fuera de Francia, digamos en Madrid, en Barcelona o en Nueva York. Y es que, si le ponemos un poco de atención al presente, no tardaremos en descubrir que mucho de lo que pasa en la actualidad por nuestra literatura joven en el extranjero repite discursos, gestos e ideas que corresponden, vaya sorpresa, al viejo patrón de los hechizados.

Efectivamente, a los unos y a los otros pareciera que el siglo XX se les ha prolongado demasiado y que la sombra de los mayores se les ha vuelto casi como una segunda piel. Pongamos por ejemplo el tema del papel que desempeña el escritor latinoamericano en el extranjero, o, si se prefiere, el asunto del lugar de enunciación desde el que habla ante los otros. Históricamente, las respuestas a esta cuestión han sido bastante diversas. Todos recordamos aún aquella frase de Jacques Vaché que Cortázar estampó como epígrafe al frente de *Rayuela*: «Nada te mata tanto a un hombre como tener que representar a un país». Por lo general, se tiende a ver en ella una reivindicación del individualismo y la independencia creadora por parte del argentino, pero esto no excluye que se la pueda leer a la par como una silenciosa crítica contra la actitud de tantos y tantos escritores latinoamericanos que, al llegar a París, solían transformarse de inmediato en improvisados embajadores de sus repúblicas, cuando no en especiosos aborígenes transplantados. Baste pensar en aquel Miguel Ángel Asturias que, sin saber maya, quería hacerse pasar por el Gran Lengua de Guatemala, o en aquel Alejo Carpentier que, en los cenáculos vanguardistas de la *rive gauche*, fungía de apóstol de la negritud cubana. Varios de los hechizados se sienten todavía llamados a asumir esos roles y a arrogarse así una representatividad como portavoces de una cultura, que hoy resulta difícil de justificar. Porque si es verdad que, allá por los años treinta, e incluso por los sesenta, se podía creer todavía que el escritor tenía el privilegio de encarnar el alma de la nación y que la escritura era el instrumento idóneo para darla a conocer, en estos tiempos globalizados y multimedia sabemos que ya nadie puede aspirar a totalizar la experiencia de una cultura y menos con un sólo instrumento por muy rico y versátil que sea. Ya sé que al humanista que todos llevamos dentro le gustaría que las cosas fueran de otra manera. Pero lo cierto es que en este presente nuestro al escritor le ha tocado un lugar simbólicamente más modesto que a sus predecesores, quizás como al libro le va correspon-

diendo un espacio cada vez más limitado en esas librerías que se han ido convirtiendo también en tiendas de discos, y luego de películas y videos, y luego de *comics* y hasta de juegos electrónicos.

Pero, a mi modo de ver, el problema no reside sólo en el carácter anacrónico de este papel de portavoz de una cultura sino también en el anacronismo del tipo de discurso que, como en el teatro tradicional japonés, ya está asociado a esa máscara. Se trata de una vieja cancioncilla que todos conocemos porque alguna vez la hemos cantado. En ella se confunden nuestros más distintos paradigmas culturales, del arielismo al realismo mágico, y del mundonovismo al indigenismo. Juntos conforman el heroico y legendario relato de una América Latina eternamente joven y que, como cualquier adolescente, todavía anda buscándose a sí misma. Al parecer, se nos habría perdido un espejo en alguna parte y, como no lo encontramos, pues no sabemos quiénes somos y es eso justamente lo que nos vuelve tan especiales e interesantes. Simplifico y exagero, por supuesto, pero no veo mejor manera de dar a entender la irritación que hoy suscita este discursillo en el extranjero cuando se asiste a una mesa redonda con nuestros jóvenes escritores y se le vuelve a oír por enésima vez. Como me dijo con sorna una periodista francesa en cierta ocasión, «ustedes, los latinoamericanos, tienen tanto tiempo buscándose a sí mismos que a lo mejor el día que se encuentren, ya ni siquiera se reconocen...» No es improbable que esto ya haya ocurrido, o ya esté ocurriendo. No es improbable incluso que ya estemos desconociendo el propio mundo en que vivimos, pues, como muchos saben, el corolario de nuestro famoso relato es siempre la aparición del mestizaje, la palabrita mágica que al final nos pone un rostro y sería como la solución definitiva de nuestros conflictos históricos. No voy a repetir los argumentos que actualmente ponen en tela de juicio esta interpretación de nuestra cultura desde campos tan distintos como la antropología o la sociología. Baste pensar en lo que significa seguir pretendiendo hoy que el mestizaje es un hecho específicamente nuestro cuando se habla ante un público extranjero en ciudades como París, Madrid, Londres o Los Ángeles. Y es que cualquiera que se asome a sus calles no puede menos que comprobar que allí mestizaje es lo que hay, lo que está habiendo y lo que habrá. Efectivamente, en menos de veinte años, los movimientos de población generados por la globalización han hecho de este fenómeno, que hasta ayer nos parecía tan idiosincrático, una realidad planetaria y algo que se perfila en breve como el horizonte común de la especie. Todos seremos una sola raza de bronce.